

gran significación con respecto a la relación entre los *minika* y Rilke es la atribución que hace Vivas de los *Sonetos a Orfeo* a este cantor como un invocador. Orfeo invoca a la fumaria y la ruda de la misma forma en que el roraima invoca a *jíibina* y a *diona*, plantas sagradas para la vida en la selva amazónica. Todo esto nos sugiere que los *minika* y Rilke están emparentados por su concepción ancestral del arte. Desde su esencia el arte es anterior a la vida urbanizada. El Orfeo de Rilke y el de los *minika* acuden a la poesía en respuesta a las prácticas que se han convertido en látigos contra la madre tierra.

Komuya uai de Selnich Vivas Hurtado es, pues, una propuesta y un llamado a considerar las culturas ancestrales desde su esencia. Es palabra de nacimiento o de germinación que quiere hablar y cantar dentro de las universidades colombianas. Los indígenas del país con sus propuestas y sus saberes dialogan con la gran poesía universal para que sean vistos desde una óptica libre de prejuicios y estereotipos creados por la religión o la sociedad de consumo. 

Luis Javier González Toro



La novela de Miguel Antonio Caro en el poder



Odios Fríos
Gonzalo España
Grijalbo
Bogotá – Colombia
2016
480 p.

Odios fríos de Gonzalo España (Bogotá, Grijalbo, 2016) ofrece una visión completa y vívida de los acontecimientos, el escenario y los protagonistas de la Guerra de los Mil Días y la Regeneración. Esta novela histórica se centra en la vida de Miguel Antonio Caro y su gobierno y hace un recorrido que inicia en el año 1892 y termina en 1903. Este período es particularmente rico en hechos de gran relieve en el acontecer de nuestra historia: abarca las revoluciones y los intentos golpistas de los liberales y los conservadores históricos que se oponen al gobierno, la Guerra de los Mil Días, la negociación para la construcción del Canal de Panamá, la separación del Istmo con todos los antecedentes que la motivaron, amén de las políticas de la Regeneración y del presidente Caro como su fiel representante.

El punto de partida lo marca la elección de Miguel Antonio Caro en remplazo de Rafael Núñez como designado a la presidencia, y le siguen los hechos desencadenados a causa de los manejos tiránicos y equivocados durante su estadía en el poder.

La tesis es clara: recrea los errores históricos sin precedentes de esta etapa de la vida del país, la mirada obtusa, ortodoxa y ciega de su gobernante y, de paso, le deja al lector la sensación de que se siguen repitiendo los errores del pasado como si una suma de torpeza y corrupción fueran la característica de nuestra clase dirigente, como si fuera parte de su idiosincrasia. Un planteamiento muy oportuno en estos momentos de confusión y de manipulación alrededor del tema tan manido de la paz, y en medio de tanta desigualdad e injusticia. Todavía hoy subsisten la pobreza, la guerra, la impunidad, la mentira, la confusión, las peleas por el poder y el desgaste de las ideas.

La mirada del autor no escatima argumentos para demostrar esta tesis y sustentar las causas que llevaron a la guerra y a su prolongación premeditada, a la muerte de miles de compatriotas, a la creación de la guerrilla, a la pérdida de Panamá y a la entrega que se hizo a Estados Unidos del derecho para construir el canal a un precio irrisorio y con plenos poderes sobre la región.

La diversidad y cantidad de personajes es impresionante. El trabajo de investigación, minucioso: costumbres, vestidos, entorno, descubrimientos de la época, arte, literatura, publicaciones periódicas y protagonistas de los distintos sucesos, tanto políticos como económicos y sociales. El surgimiento de las guerrillas liberales, la actitud de los generales más importantes de ambos bandos, los representantes del gobierno gringo, los nuestros, las ironías y las triquiñuelas.

Esta novela, tan bien documentada, tan vívida, es digna de un historiador juicioso y metódico y de un escritor que domina su oficio. Sus descripciones, diálogos y narraciones atienden a los acontecimientos grandes y a los pequeños —domésticos— para hacer creíble una historia que, aunque veraz, es increíble. El periodo de la mal llamada Regeneración aparece como una mezcla de malas decisiones, de una concepción moralista y mojigata de la vida y de un ansia de poder que no duda en desterrar, condenar a muerte o encarcelar a quien intente oponerse. Al final hay una síntesis muy certera:

- La guerra ha terminado —explicó el religioso con voz emocionada—. Mucha gente regresa a Bogotá, batallones de reclutas que se desmovilizan, alzados liberales que tornan a sus casas, padres que buscan a sus hijos, mujeres que buscan a sus maridos, aquello es un verdadero caos, nunca he contemplado una confusión semejante [...]
- ¿Pero quién ganó, padre Rabagliati? ¿De quién es la victoria? —apuró Romualdo.
- Eso también es absolutamente confuso. El gobierno proclama

el triunfo, pero todos saben que Marroquín estaba en los huesos y no tenía con qué levantar un palo después de la derrota de Aguadulce en Panamá. Los gringos le ayudaron para que no perdiera el istmo. Sin embargo, los liberales tampoco han ganado. La guerra ha sido una matazón generalizada, los labriegos hicieron suyas las banderas liberales y mataron y murieron sin darse tregua, en muchas ocasiones sin autorización de sus generales [...] En Colombia gobernaba la brutalidad, lo más infame, la maldad. Tal vez mandaba Lorenzo Marroquín, el hijo del presidente, que es lo más corrupto de lo corrupto que pueda concebirse. Mandaba Aristides Fernández, el carcelero, mandaban cuatro generales carniceros. Aristides, que era el más visible, ya no está. (456).

Cualquier parecido con la realidad actual no es mera coincidencia. Caro empobrece a Colombia con emisiones continuas de dinero, carga de impuestos a los productores de café y a los empresarios. La inflación es tan enorme que el pueblo queda reducido a la miseria, y finalmente desangra al país con guerras sucesivas para defenderse de los intentos de los liberales por arrebatarle el poder. El desorden de estos últimos, las trampas tendidas con alevosía por parte del presidente y de los curas afines, hacen que la guerra se prolongue sin reato de conciencia y se vierta sangre inútilmente. La cereza de la torta es la pérdida de Panamá. La novela narra los intrínquilis durante la negociación con los estadounidenses, quienes finalmente sobornan al hijo del presidente Marroquín para que permita la construcción del canal por un precio irrisorio.

Los puntos de vista son diversos: el de los estadounidenses se da a través de las cartas de Paul Brandon Cromwell a Elinor Dashwood, su amante, a quien debió dejar para venir a Colombia por orden de su tío el abogado William Nelson Cromwell (este vive en Nueva York y tiene un bufete que representa a la Compañía del Ferrocarril de Panamá, empresa ideal para servir de puente para otra inversión, la del canal). Su tarea es informarle al tío acerca de todo cuanto pueda ayudar en la negociación del Canal de Panamá. Por sus ojos desfila la Bogotá de la época, a la que describe como “moridero de los Andes”. El recurso narrativo es muy útil porque permite una mirada descarnada sobre la situación de Colombia, con la perspectiva del extranjero. Y, sobre todo, porque muestra la actitud y la manera como Estados Unidos concibe a nuestro país, y cómo se manejó la negociación para la construcción en el istmo. Las cartas abarcan desde 1892 hasta 1903, es decir, recorren los mismos años que la narración de la novela.

Otra mirada la ofrece Ana de Narváez, esposa de Caro. Es ella quien le transmite a él las noticias de la prensa y los chismes de la población (que escucha de

sus empleadas). Mediante este personaje es posible “entrar” en la intimidad del hogar del gobernante; su imagen estereotipada responde a aspectos de la realidad de la época, cuando las mujeres debían obediencia al esposo, que, a la manera de un padre, ejercía absoluto dominio sobre ellas. Además, y esto es un dato histórico, ella adolece de una enfermedad nerviosa que la hace frágil, casi niña, e incapaz de enfrentar situaciones extremas, como las que le tocó vivir durante el gobierno presidido por su marido. Además de sus siete hijos, que en esta novela no tienen ningún relieve, otros personajes acompañan y conforman el entramado para hacer verosímil la vida cotidiana en el hogar de Miguel Antonio Caro: Paca, la criada cocinera; Rosenda Afanador, la de adentro, planchadora y costurera, viuda del impresor de *El Tradicionalista*, periódico regentado por Caro; José, exsoldado de la guerra de 1876, baldado de una rodilla por una bala, que, además de ser el guardián de la familia, es el criado viejo, el jardinero, el que carga el agua, la leña y atiende la caballeriza; y finalmente Jacinto, un indio de Tena, que es el muchacho de los mandados.

El mismo Miguel Antonio Caro ofrece su visión de los acontecimientos desde varias perspectivas: la propia, a través de sus pensamientos, de su concepción del mundo, sus proyectos, estrategias y argucias. Su ansia de poder se ilustra, entre otras formas, con las manipulaciones que hace en el Congreso para que nombren como designado a la presidencia a un hombre viejo y enfermo, Sanclemente, y como vicepresidente a Marroquín, todo para poder gobernar desde la sombra; pero el uno no gobierna y el otro lo traiciona, en equipo con su hijo Lorenzo. Caro entonces queda desplazado por un tiempo. Pero también está la apreciación que de él tienen su esposa, los copartidarios, sus enemigos o los diarios que publica la oposición.

Los cafeteros de ambos bandos ofrecen también su mirada. Están encarnados por Eustaquio de la Torre Narváez, rico cafetero, liberal, dueño de haciendas en Viotá, que, aunque no era político, sí fue partidario de echar el régimen por las armas, y financió la revolución de 1895. Y Esteban Fonseca, conservador histórico, opuesto a Caro y dueño de haciendas cafeteras en Antioquia.

Dentro del gremio de los periodistas es paradigmático Modesto Garcés, quien a raíz de una publicación en el diario *El Relator*, donde muestra la realidad de las finanzas de la Regeneración, sufre un destierro de diez años, desproporcionado con respecto a la dimensión de

sus actos. Hacia el final de la novela, y cuando termina la Guerra de los Mil Días, este mismo personaje se reúne con los representantes del gremio cafetero y con algunos líderes conservadores, para concertar un cambio de gobierno en favor del general Reyes.

Prototipo de la actitud del clero es Proto Evaristo Blanco, cura de Málaga, nombrado obispo por Caro para premiarlo por poner de cebo a una mujer humilde y a su hija núbil para dárselas al general Ruiz como entretenimiento para retrasar el encuentro de su ejército con el de los llaneros. De esta forma, evita la derrota del bando del gobierno.

Así mismo, los leprosos liderados por Romualdo Parra le ofrecen al lector una historia increíble y apasionante. Romualdo Parra formó parte del séquito inmediato del general José María Ruiz, jefe de la insurgencia de 1895, quien cae en la trampa ya mencionada del cura Proto Evaristo Blanco, en Enciso. Es desterrado a Panamá y sometido a trabajos forzados junto con otros presos, cuando el ejército de este bando es derrotado. Por las condiciones deplorables a que son sometidos, adquieren la lepra. Huidos, luego de un largo peregrinaje, llegan hasta Contratación, en el departamento de Santander, y allí se unen con otros leprosos que tienen una comunidad organizada, incluso con un sistema de gobierno: el alcalde y curandero Eliseo Cabarcas. Es muy interesante dentro del entramado de la novela ver cómo participa su ejército, llamado La Ñeca, en los eventos de la guerra, forzados por la enfermedad y el hambre. Su enemigo más acérrimo es el cura de Socorro, que los persigue sin tregua, pero también cuentan con un benefactor, el Padre Rabagliati, quien viaja largas jornadas en mula para proporcionarles comida y medicinas.

En los acontecimientos en Panamá son protagonistas, entre otros, Diógenes Mendosa, profesor liberal, y su hermano Teófilo. Estos dos personajes son claves en el desarrollo de los hechos, al igual que Victoriano Lorenzo, un indio cholo, sastre y barbero del penal en donde coincide con Diógenes. Esta relación es fundamental en el acaecer de la guerra. El indio simpatiza con los liberales y les ayuda con guías, alimentos y transporte de armas y municiones, aunque se niega a que los miembros de su comunidad participen como soldados. Al ser derrotados los liberales, estos abandonan las armas, y los indios las recogen como pago de sus trabajos y las ocultan. José María Núñez Roca, con la anuencia del alcalde de Penonomé, va en busca de ellas y de Victoriano Lorenzo con treinta jinetes; al no encontrarlo, viola a todas las mujeres de su pueblo

y masacra a la comunidad entera. Este relato espeluznante, que parece sacado de los protagonizados por los españoles durante la conquista, lo ejecutan los mismos colombianos contra sus congéneres, y es tan violento, que todavía tiene la fuerza de la denuncia porque son hechos de nuestra historia que no pueden ni deben olvidarse. La consecuencia que se sigue, a la cabeza de Victoriano, considerado actualmente un héroe nacional en Panamá, origina el recommienzo de la Guerra de los Mil Días.

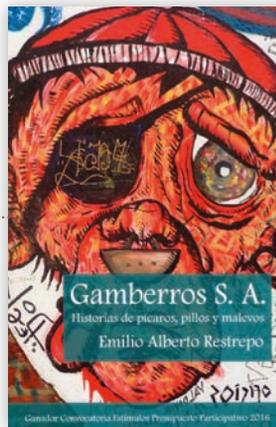
La mayoría de los acontecimientos aquí narrados ocurren entre Bogotá, Panamá y Contratación. Aunque hay muchos otros sitios descritos como escenario de la novela. Son también muchos otros los personajes y hechos que nutren su trama, que nunca pierde el hilo ni enreda sus múltiples cabos, orquestados con maestría para entrelazar los acontecimientos tan diversos.

¿Cuál parte es novela y cuál es historia? Los acontecimientos de la época son suficientemente conocidos por todos y son verídicos. Pero es netamente literaria la construcción de los personajes para ponerlos a actuar en el telón histórico del país de la época como si fueran otra vez seres de carne y hueso. También es un trabajo creativo dar forma al relato escalofriante de este lapso del acontecer nuestro y ofrecer un punto de vista en el que se denuncia sin ambages, así como conmover y asombrar con la narración de los hechos y transmitir al lector una interpretación de dichos acontecimientos con el fin de que este entienda, con una nueva perspectiva, y a partir de lo sucedido en el pasado, la realidad que hoy se vive, sin desconocer cuántas responsabilidades nos caben en la violencia y la guerra que seguimos sufriendo. **U**

Emma Lucía Ardila



¿Es posible hoy en día escribir picaresca?



Gamberros S.A. Historias de pícaros, pillos y malevos

Emilio Alberto Restrepo

Hilo de Plata Editores

Medellín – Colombia

2016

200 p.

Es muy refrescante cuando en la oferta editorial se encuentran propuestas que plantean algo distinto, que no les temen a los riesgos, que hacen un uso algo temerario del lenguaje en favor del objetivo de contar una historia bien contada, aun sabiendo que se está caminando sobre el límite peligroso de lo popular, de lo procaz o inclusive lo escatológico. Todo en función de narrar por el gusto de hacerlo, por entretener, por regocijarse con el ancestral placer de juntar palabras para deleitarse con ellas y dejar en el lector el sabor cómplice de una experiencia amena y, sobre todo, lúdica. Y eso está bastante escaso hoy en día, pero el libro *Gamberros S. A.*, del autor antioqueño Emilio Alberto Restrepo, lo logra con total suficiencia.

Cuando se habla del género de la picaresca, nos remontamos al Siglo de Oro español y evocamos esas narraciones llenas de gracia en las que un ser de menos fortuna antepone la fuerza de su ingenio para enfrentarse a los abusos del poder, para tratar de mejorar un poco su condición social o por lo menos para procurarse la comida del día a día que tan difícilmente el personaje consigue por su condición de marginal, de abandonado de la fortuna, de huérfano o de indigente sin familia y sin ancestros.